

# Cáceres

(VIEJO PAIS DEL ALMA)

A Juan Fernández Figueroa

Cáceres, te recorro  
misteriosa y lejana:  
sueños, gestos, silencios cargados con mis años.  
Tarde: violeta pálida.

Mi madre, mis hermanos.  
Ya sólo Juan. Mi casa.  
Los surcos de la luna. El aroma de siempre.  
La calleja soñada.

Mis amigos: la frente  
del tiempo: las espaldas  
del tiempo. Las esquinas esperan la memoria  
y al final la Montaña.

Recorto cielo, torres,  
rejas, sombras. El alma  
del domingo. Vencejos que nacen de la piedra.  
Dorada la espadaña.

Más cigüeñas y más  
azul. Hundo miradas  
en el fondo del aire, en la sangre vivida  
en las viejas palabras.

Cáceres vuela y vuelve  
conmigo. A mi nostalgia  
un niño cojo viene y alcanza la tristeza  
al borde de mis lágrimas.

JESUS DELGADO VALHONDO

## ¿QUIÉN ES CRISTÓFORO COLOMBO?

**L**A compañía naval italiana construyó después de la II Gran Guerra tres magníficos y grandes trasatlánticos, herederos de aquellos gigantes del océano que transportaron a América la voluminosa emigración itálica. A estos tres modernos buques se quiso imponer nombres de insignes navegantes del país. Se eligieron estos tres:

«Andrea Doria»

«Américo Vespucci»

«Cristóforo Colombo»

Andrea Doria es la mayor y más legítima gloria naval de Italia. El nombre impuesto a este primer trasatlántico —que por cierto se hundió frente a las costas de América hace pocos años— era un acierto. ¿Para qué recordar los méritos de este eximio marino, desempeño de reyes y emperadores en cualquier empresa náutica que, por él dirigida, llevaba invariablemente asegurado el éxito?

En cambio, sólo a una explicable, pero sin duda excesiva ostentación patriótica se puede atribuir el que una de estas ciudades flotantes lleve escrito en la borda el nombre de Américo Vespucci, personaje cuya fama se debe exclusivamente, como es vulgarmente conocido, al irrisorio *quid pro quo* mediante el cual el gran continente occidental se llama América. ¿Quién fué América Vespucci? La compañía naval italiana debió echar mano de su nombre sólo cuando se tratase de bautizar barcos con firmas de la Literatura. Llegado a España en busca de aventuras o quizás mejor de intrigas, estuvo al servicio de Colón y de Fernando el Católico, como varios otros italianos. Acaso —no es un hecho probado— viajó en la expedición de Ojeda, pero sin cargo alguno de importancia. Más tarde, en posesión de los papeles de Colón y enterado, por los empleos de carácter político que tenía, de muchos asuntos relacionados con los viajes y exploraciones de las nuevas tierras, fué nombrado por el rey Católico Piloto Mayor, un cargo, pese a su nombre, puramente terrestre, algo así como subsecretario de Marina. Este personaje, pues, escribió, zurciendo relatos de viajes hechos auténticamente a América, una referencia titulada *Quatuor navigationes* en la que narra sus aventuras en cuatro supuestos viajes oceánicos realizados por él. Todo lo que en esta obra se cuenta es inventado desde el principio al final; no hay la menor constancia histórica de los cuatro viajes de Vespucci ni su nombre figura entre los

componentes de las numerosas expediciones hechas por las naves hispánicas en aquella época. Naturalmente, esta novela de aventuras no pudo Vespucci publicarla en España donde su notoria falsedad hubiera levantado escándalo. La mandó a Italia donde se publicó en 1506. Ya es sabido que el editor alemán Waldseemüller fué quien, en su Cosmografía, impresa en 1507 propuso el nombre de *América* para las nuevas tierras que habían sido descubiertas (¿?) por Vespucci en su citada obra novelesca. El sigilo y secreto que la corte española mantenía sobre los detalles de los grandes descubrimientos de sus marinos, originó que Europa apenas tuviera noticia de ellos sino por las cartas de Vespucci y así comenzó a llamar América a lo que nosotros llamábamos las Indias occidentales. Así fué como este avisado personaje bautizó a todo un mundo nuevo y como también ha sido padrino del gran trasatlántico que ahora surca los mares. Ya se comprende que al lado del inenarrable fraude primeramente citado, la oficiosidad segunda tiene escasa importancia (1).

\* \* \*

Vayamos ahora al tercero de los trasatlánticos: *Cristóforo Colombo*. ¿Quién es Cristóforo Colombo? Muchos lectores se asombrarán ante esta pregunta y más aún ante esta afirmación que no tengo inconveniente en estampar: *No ha habido en la Historia personaje alguno de relieve que llevase el nombre de Cristóforo Colombo*.

Si dejamos a un lado las masas inmensas de historiografía, de biografía, de simple divulgación y de leyenda que hay acumuladas sobre el descubrimiento de América y nos vamos en puridad química a los documentos escuetos, fehacientes y originales, nos encontramos con que en aquella grandiosa gesta no aparece nadie que se llamase en ningún momento Cristóforo Colombo. Este nombre y apellido no son más que la traducción italiana del nombre del Almirante cuya firma auténtica es *Xristoferens Colonus* o *Colomus*. Ni siquiera la latinización *Columbus* aparece sino en los últimos años de la vida del descubridor. Colombo es pues, una mera traducción al italiano de un apellido que pertenece a otra lengua.

Ya comprenderá el que lee que el autor de estas modestas líneas no está nada convencido por la tesis tradicional y oficial del genovesimo de Colón. Hace tiempo, en los números 56 y 93 de «Alcántara» se insertaron dos interesantes y simpáticos trabajos del Marqués de More-

(1) Es increíble que haya tan pocos autores españoles que aseveren el valor técnicamente nulo de las Cartas de Vespucci como documento histórico. De los cuatro viajes, el primero se supone en 1497, habiendo tocado el continente americano antes que Colón (i). Otro es acompañando a Ojeda y dos más al Senegal y Brasil por cuenta del rey de Portugal. Ni en España ni en Portugal existe la menor noticia, documento ni referencia a tales viajes, salvo una vaga mención de Ojeda que alude a un tal *Nes-puche* como embarcado en sus naos. En el texto de los relatos de América no se nombra ni por casualidad a ningún personaje ni compañero de viaje del autor que parece haber navegado completamente solo. Las *Quatuor navigationes* reúnen, pues, todas las condiciones que se enseñan críticamente como elementales para juzgar un relato como falso.

lla defendiendo el tema del Colón español. Ellos pueden ser el precedente de éste que yo quisiera mejor compuesto comentario.

Naturalmente, no soy investigador directo de la materia. He de guiarme por la opinión y los trabajos de los eruditos que han consagrado sus horas a tratar de desvelar la misteriosa existencia del gran navegante. Pero si no es posible profundizar directamente en todos los temas de la Historia, si lo es formar sobre ellos un razonable juicio crítico y exteriorizar este juicio sin que en ello exista ninguna osadía. Donde no, nadie podría opinar sobre nada salvo los especialistas. Nuestro juicio, como el de cualquier otra persona, está fundado en la cualificación que nos merecen las distintas tesis a la luz del sentido común, un sentido común, ciertamente, algo avezado a bucear en los problemas históricos.

Según la tesis tradicional y universal del Colón genovés, los hechos ocurrieron del siguiente modo: (Sigase cualquier biografía del Almirante).

Nace Colón en Génova en 1451. Es hijo del honrado tejedor Domenico Colombo y de Susana Fontanarosa. Su nombre es Cristóforo, en latín Christophorus, en español Cristóbal. Sin embargo, él se firma extrañamente *Christoferens*. Hasta los 20 años consume su vida ante el telar paterno. La contemplación de las pesas y lanzaderas acaso hace germinar en su mente ideas cosmográficas. Se embarca como mercader y en cuatro años de navegación entre fardos y libretas de venta aprende Geografía y Náutica hasta el punto de dominar estas ciencias como nadie en el mundo. En 1477 aparece en Portugal poseedor de un importantísimo secreto que ofrece a su monarca con poco éxito. Este secreto es la existencia de tierras al otro lado del Atlántico, sean o no de la India. ¿Cómo ha adquirido este secreto? Una leyenda quiere que se lo revele un viejo naufrago en una isla solitaria. Otra, que se lo explique una correspondencia curiosa con un tal Toscanelli, desde Florencia.

En tal momento aparecen en escena como por arte de magia sus dos hermanos Diego y Bartolomé que colaboran en sus planes. Otros dos tejedores malogrados que han hecho la ruta de Génova a Portugal. Colón ha modificado su apellido suprimiendo la sílaba *bo* al llgar a Portugal y en esta época ya sabe hablar en español. Al fin, desengañado por su fracaso en este país, penetra en España en 1485.

Esta es, por lo que nos interesa, la historia del tejedor Cristóforo Colombo. Para aceptarla hay que admitir una verdadera cascada de hechos inverosímiles, hay que tener, empleando una gráfica expresión, unas amplias tragaderas críticas. A veces, en la vida humana se da alguna paradoja y lo que parece increíble ficción, resulta ser realidad. Pero ello es esporádicamente, por excepción. Las inverosimilitudes y los absurdos encadenados, sólo ocurren en las novelas.

Ante esta explicación, pues, que sin embargo han deglutido historiadores de todas las épocas, a un espectador ingenuo le asaltan montañas de preguntas. Examinemos algunas.

¿Por qué Colón, al parecer en la península ibérica suprime la últi-

ma sílaba de su apellido y se hace llamar Colón, Colóm o Colomus, sin vestigio alguno de la B italiana? No lo sabemos.

¿Por qué ese constante prurito de ocultar entre las brumas del misterio y borrar todo rastro de su pasado? No existe explicación plausible. No era deshonoroso ser italiano ni genovés y había por entonces en los reinos hispánicos muchos nacidos en Italia ocupando puestos de importancia. Tampoco era censurable haber sido tejedor ni mercader, ni tenían en España por qué saberlo.

¿Por qué aparecen en Portugal y España sus dos hermanos, venidos también de Génova antes de que Colón lograra el triunfo, circunstancia ésta que hubiera justificado la inmigración? ¿Por qué uno de los hermanos se llama Diego, nombre que no existe en ninguna parte del mundo sino en España? Tampoco lo sabemos.

¿Por qué Colón tiene una fe tan portentosamente firme en su secreto? ¿Por qué sabe tan de buena tinta la existencia del camino del Atlántico y la defiende contra la opinión de todos los sabios y geógrafos de la tierra? ¿Es razonable que esta convicción se funde en una simple carta o en el relato de un viejo náufrago? En absoluto. No es creíble que de las cartas de Toscanelli, siquiera fuera éste el primer sabio del mundo y padre suyo por añadidura, fuera Colón a comprometerse seriamente con los reyes ibéricos, a contratar capitulaciones con privilegios exigidos a los más poderosos monarcas de la tierra. La fe de Colón es algo más fuerte que todo eso. Es la fe del que ha visto *con sus propios ojos*.

¿Por qué Colón *no sabe hablar en italiano* pues no lo usa para corresponder con sus supuestos compatriotas de Italia y de España, a quienes escribe siempre en castellano? ¿Cabe creer que tras haber pasado los primeros 24 años de su vida en Génova o entre italianos haya olvidado su lengua materna? ¿Conoce alguien un caso de amnesia semejante *ni siquiera en un hombre rudo?*... *Nadie contesta.* (1)

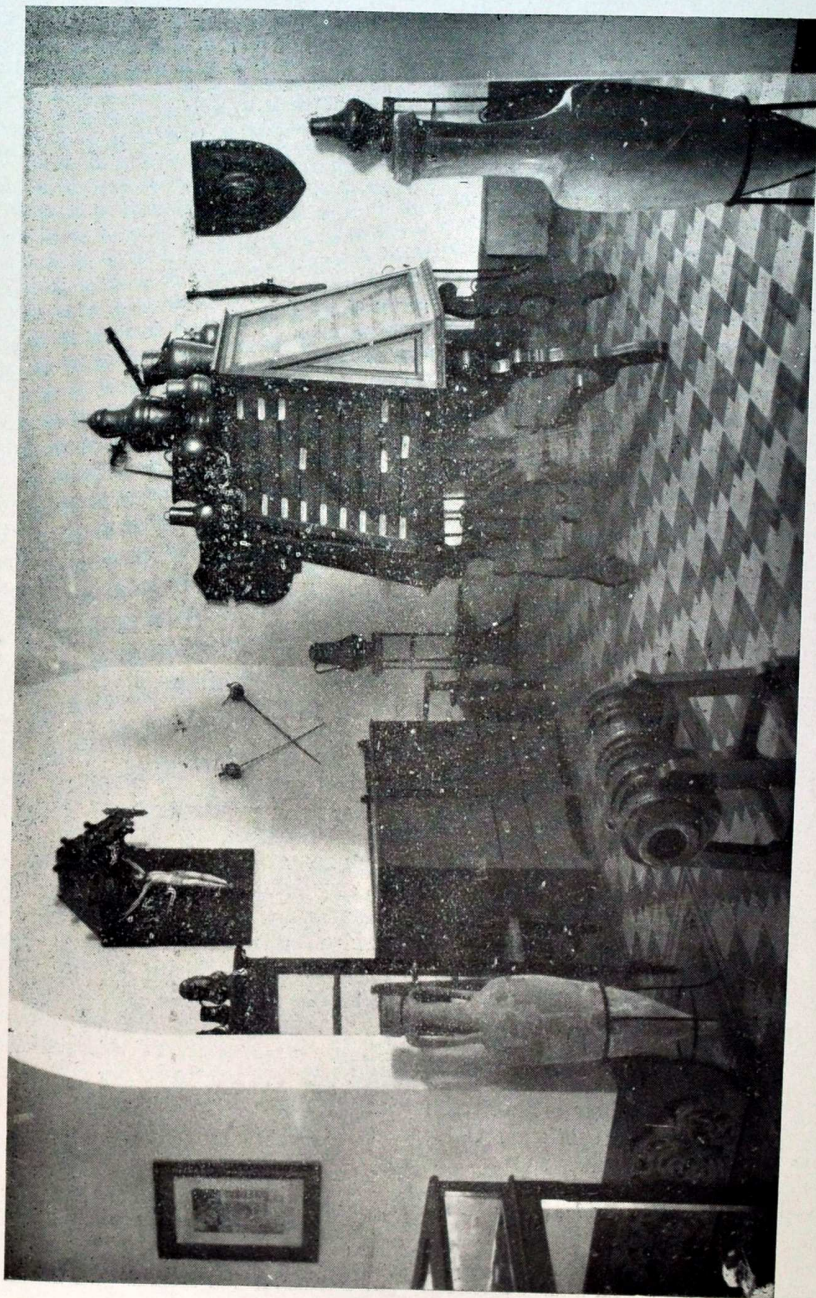
¿Cómo se explica que a la edad de 9 años, según la cronología usual Colón tome parte en una guerra al servicio del Conde de Provenza Renato de Anjou, *mandando una nave*, según él mismo refiere con todo lujo de detalles? Tampoco hay quien nos lo diga.

¿Por qué Colón, a la hora de bautizar docenas y docenas de islas, cabos, mares, golfos y accidentes de toda índole, no pone nombre alguno que recuerde a Italia y si en cambio muchos de la toponimia hispánica?... Sin explicación.

A todos estos interrogantes, de importancia esencial, los autores no contestan o responden con versiones pueriles, con lógica de *parti pris*, de partido tomado, que pasa por las objeciones como sobre ascuas y encaja a martillazo limpio las piezas que no cuadran en el rompecabezas.

Colón no escribe el italiano —dicen varios y resume Aguado Ble-

(1) Por otra parte el gran Cristóforo hablaría el italiano no sólo en sus primeros 24 años, sino hasta el fin de su vida. No se concibe que al hablar con sus hermanos emplee otra lengua que la que mamó en leche. Sin embargo Colón, escribe también a su hermano en español (i).



ALBUM EXTREMEÑO: Sala del Museo Provincial de Cáceres. — Foto Javier

ye— porque sólo sabía el dialecto genovés, que entonces no se escribía y ahora tampoco... Supongamos que hubiese que averiguar por qué enigmática razón todos los autógrafos de Martín Alonso Pinzón estuvieran en alemán. Diríamos: «es que Pinzón sólo conocía del español el dialecto andaluz, que entonces no se escribía ni ahora tampoco»... ¿No resultaría ridículo el razonamiento? ¿Iba a ser Colombo tan analfabeto que ignorase la brillante lengua toscana de la Italia del siglo XV, a más de siglo y medio de su renacimiento literario, la lengua del Dante, de Petrarca, de Boccaccio?

Menéndez Pidal, en su libro «*El lenguaje de Cristóbal Colón*» insinúa que acaso aprendiese castellano en Génova, de un español aporuguesado, pero rechaza pronto esto por improbable (¡y tanto!), para aseverar como seguro que lo aprendió en Portugal (1). Este libro, como muy bien afirmaba el Marqués de Morella es actualmente el alegato más formidable en pro de la españolidad de Colón y ello pese a las continuas negativas de su autor. La obra, como todas las del gran maestro, es un portento de erudición y sus afirmaciones de orden técnico se han de estimar incommovibles como el Evangelio. Empero, en las conclusiones que de ella saca, no resplandece, precisamente, la lógica, y las contradicciones son continuas. El raro hecho de que Colombo aprendiese el español en Portugal (¡y no aprendiese el portugués!) está razonado así: «Pudo obedecer —y esto basta como explicación— (hay muchos, paréntesis mío, a quienes no basta) a la corriente de los muchos portugueses que tomaban el español como lengua adoptiva cultural». Y pone ejemplos, todos de destacados literatos portugueses. ¿Y es lo mismo, preguntaría cualquiera, que un portugués, por interés cultural o por afán de erudición aprenda la lengua española, a que la aprenda un extranjero que acaba de llegar a Portugal y se ha casado en el país, antes de poderse expresar en el idioma de su esposa y de su residencia? ¿Es lícito preguntar de qué le hubiera servido a Colón saber español, si hubiera sido el monarca portugués Juan II quien patrocinase sus planes en vez de los Reyes Católicos?

Otro ejemplo de la lógica de este libro: «Los 21 años de residencia entre andaluces y castellanos no fueron poderosos para desarraigar el lusismo inicial—se refiere a los portuguesismos de su lenguaje—. Prueba indiscutible de que Colón aprendió en Portugal el español». Pero luego al hablar del infinitivo flexionado, portuguesismo típico que Cristóbal no usa nunca, dice: «Colón no lo comprendía porque no tenía el portugués como lengua materna». Es decir, que por no usar un cierto portuguesismo, se prueba que el portugués no era la lengua materna de Colón. Pero en cambio EL NO USAR JAMAS NINGUN ITALIANISMO (2) no prueba que el italiano no fuese la lengua materna de Colón (¿?).

(1) Colón escribía ya en español en 1480 seis años antes de entrar en España y cuando no podía soñar en que aquí estaría su gloria y su destino.

(2) O si se quiere ningún *genovesismo*, ya que el argumento aquí que explica (?) el que Colón no supiera el italiano, se funda en considerar el italiano y el genovés como dos lenguas distintas.

Otra razón fuerte de otros autores: «Colón hablaba como un extranjero, según dicen sus contemporáneos. Luego no era español»... Lo mismo se podría decir que muchos españoles actuales, comerciantes, misioneros, incluso locutores de radio—como cualquiera puede comprobar—que hablan el español con acento extranjero después de haber estado ausentes de su patria varios años. En cambio lo que nadie olvida nunca es *escribir* su propia lengua (1).

Para Ballesteros Beretta, que inserta en sus historias una apasionada defensa del italianismo de Colón (trayendo como argumentos gráficos las reproducciones de las únicas palabras en semiitaliano que escribió Colón al margen de una obra italiana (2) y no reproduciendo las infinitas que están en castellano en las márgenes de la misma obra y en cien otros documentos) y para otros muchos, el misterio de la vida juvenil de Colón, el velo impenetrable con que él mismo quiso encubrir-la y esfumarla, se debe a la humildad de su origen y a la pobreza de su padre. Razón endeble como un alambre, si las hay. Tanto más, cuanto que—hecho en que reparan pocos—el enigmático nauta no se limita a ocultar su nacimiento y origen sino *toda su existencia anterior a 1476*.

Diego Colón es, según nos cuentan, un Giacomo Colombo que en España se hacía llamar Diego. Caso extravagante y creo que sin parigual. Todos los Giacomas, Jacopos y Jacopones que conozco conservan su nombre si vienen a España en esta época y a ninguno le llaman Diego.

Tampoco conozco italiano alguno, de los innúmeros que en el siglo vivían en España que amputara su apellido al entrar en ella: Berardi, Oderigo, Spínola, Geraldini, Fieschi. A lo sumo, leves modificaciones de adaptación fonética cuando ésta era difícil a nuestras gargantas y ello en labios españoles. La palabra Colombo no repugna prosódicamente al castellano, sino que encaja perfectamente en él. Aun dándose el apócope, lo que repito, es insólito, *no hubiera trascendido al latín*, que habría seguido siendo *Colombus* o *Columbus*, nunca *Colonus* ni *Colonus*, que es precisamente como se escribió siempre, por los demás o por él mismo, el apellido del Descubridor.

\* \*

Las hipótesis que defienden como patria del Almirante algún punto de la península Ibérica (Colón extremeño, Colón gallego, Colón catalán, Colón portugués) quizás no estén suficientemente probadas, pero todas tienen de común una biografía colombina (habría que decir *colomina*) bastante más armónica y racional, en la que no hay que ir dando feroces saltos sobre el absurdo como en la tradicional.

Colón, según todas ellas nace mucho antes de 1451, con lo que se

(1) El conocido y popular misionero P. Llorente, distinguido literato, que ha pasado 20 años ausente de España. «habla como un extranjero» según dice él mismo. Sin embargo, escribe como un español.

(2) Precisamente estos párrafos que Colón intenta escribir en italiano sin lograrlo, son la prueba inconcusa de que ignoran la lengua de Alighieri.

hace más lógica toda la cronología de su vida (1). Empieza a navegar desde su misma infancia. Es marino por vocación y profesión y recorre todos los grados desde grumete a piloto, llegando, mucho antes del descubrimiento a dominar todos los secretos del arte náutico y de la cosmografía de la época.

Encubre meticulosamente su pasado porque tiene para ello motivos muy graves y no por la timidez de ser hijo de un artesano. Bien por su ascendencia judía, que a saberse le hubiera proporcionado en España enormes contratiempos, bien por haber hecho armas contra los reinos hispánicos en distintas ocasiones de su azarosa vida o por haber ejercido el corso.

Tiene una convicción verdaderamente titánica «como si la tuviera en un arca bajo llave» según dicen las crónicas, en su decantado secreto por la sencilla razón de que lo ha vivido. A lo largo de sus viajes por Islandia y el Atlántico Norte ha dado con la costa americana mucho antes de 1492. El es por consiguiente el viejo naufrago y el Toscanelli de sus descubrimientos que ofrece a las cortes hispánicas a cambio de prebendas que tiene buen cuidado de puntualizar en sus capitulaciones.

Sus hermanos le acompañan también desde pequeños en muchos de sus viajes y aventuras marítimas. Tienen de tejedores lo que de obispos.

No se hace llamar Colombo porque éste no es ni remotamente su apellido, desde su nacimiento Colom o Colón. La forma Colombo no aparece en ningún documento de la época; sólo en traducciones italianas posteriores.

En fin, escribe a Italia y a los italianos en castellano porque no conoce otra lengua, aparte del latín, ya muy poco usado corrientemente. Su castellano es bastante puro, con algunos modismos portugueses que ha adquirido durante los 9 años de estancia en Portugal, pero exento de italianismos, cosa imposible si Colón hablase el italiano como lengua propia.

\* \*

Como vengo diciendo y puede comprobar cualquiera, el Almirante de los documentos se llama *Colón* y algunas veces *Colom* o *Colomo*. Da la casualidad de que Colón es un apellido gallego y Colom, catalán. La forma Colombo es la equivalencia italiana de la segunda de aquéllas, que en catalán significa *Palomo*. En cuanto a la hipótesis que da al Descubridor como natural de Plasencia, por lo menos explica el significado de las famosas siglas S. = S. A. S. = X. M. Y. con que el marino firmaba sus cartas. Con todo esto, sin embargo, no puede hablarse todavía con firmeza de un Colón español porque faltan pruebas directas e irrefutables. Ahora bien: *tampoco hay pruebas directas ni irrefutables* de la tesis tradicional. Sólo hay centenares de obras tomadas sin excepción

(1) Se le ha obligado a nacer en esa fecha por la necesidad de encajarle como hijo del lanero Domenico Colombo que se casó poco antes; con desprecio de la cronología y de las noticias según las cuales tenía el cabello casi blanco cuando entró en España en 1485, es decir, a los 34 años, según los genovistas.

unas de otras sin otro fundamento que dos o tres frases de documentos probablemente apócrifos, una vaga creencia contemporánea en el italianismo de Colón, no corroborada por documento alguno y una genealogía amañada *a posteriori*, muchos años después de muerto el Almirante.

También hay la famosa biografía del descubridor, escrita por su hijo bastardo Hernando Colón, relato abundante en patrañas, de las que cada autor admite las que le convienen y rechaza las que están en desacuerdo con su modo de pensar. Parece, pues, que lo honrado sería dejar en discreta duda la auténtica patria del grande hombre.

Este es el estado actual del Colón genovés y del Colón español. Si esta última hipótesis no ha sido más estudiada, ni siquiera en España, ello es debido a la idiosincrasia de nuestra raza, tan propensa al hecho como negada al análisis, tan vinculada a la proeza como reacia a la propaganda. A la abulia —cuando no a la hipercritica o al escepticismo— de nuestros cronistas y relatores se debe en gran parte la persistencia del complejo antiespañol que llamamos *Leyenda negra*. Nuestra abulia es la causa principal de que en tantos libros extranjeros se diga que el Descubrimiento de América es una gesta exclusivamente itálica, pues itálicos fueron sus tres personajes clave: Colombo, Vespucci y Toscanelli (!?). Y que tales libros hayan cuajado ambiente en los países respectivos, originando fiestas y conmemoraciones como el conocido y sarcástico *Columbus Day*, el doce de octubre norteamericano, que ignora absolutamente la españolidad de la epopeya entre nubes de gallardetes italianos, cuando lo más probable es que ni un milígramo de italianismo participara en ella (1).

No hay que esperar que sea uno de nuestros grandes historiógrafos temerosos de comprometer su prestigio, quien enarbole la bandera revisionista. Hace falta un investigador vocacional que sea capaz de dedicar toda su existencia al problema hasta no dejar una brizna de indicio suelta, tal como por ejemplo ha hecho Astrana Marín con la figura de Cervantes. Hoy día con menos de esto no se puede acometer el tema del origen de Colón porque es preciso serpentear en todas las direcciones, taladrar y roer literalmente montañas de papel escritas sobre el asunto. Una tarea hermosa y tentadora para un investigador que empiece. Esperemos que este joven paladín de la Verdad aparezca alguna vez.

\* \* \*

Andrea Doria, el héroe de Túnez, el hombre que se hizo nonagenario sobre las tablas de los buques, sacó en 1954 su mano del Océano e hizo zozobrar su buque. No era agradable para el marino impar que su nombre surcara los mares entre el de un oficinista y el de un lanero.....

CARLOS CALLEJO

(1) Ocioso es consignar que entre los historiadores del mundo, acaso los más tenaces, encarnizados e irreductibles adversarios del hispanismo de Colón (Altolaguirre, Torre, Ballesteros) son españoles. El hecho es sintomático.



ALBUM EXTREMEÑO: Teatro romano, de Mérida (Badajoz). — Foto Olivenza